

¡AHI VA LA LIEBRE!

Entre las privaciones infinitas con que he vivido está la caza, de la que no he tenido nunca oportunidad, aunque haya conocido y tratado a muchos cazadores y los haya visto de marchar con sus arreos.

No sé si por faltarme este complemento entre tantos otros, me figuro que hubiera sido mal cazador, a menos de haberme pasado como a Alarcón, aquel médico del Puerto, cicerone de Azorín, que sin haber cazado nunca llegó a ser gran aficionado, como el cura mismo y el barbero, a favor de la ociosidad y del gusto de verlas correr, pero yo, una vez que fui al tiro, de soldado, se me desarmó la tercerola al disparar y ni antes ni después he usado más herramientas que las del trabajo.

En cambio he tenido fortaleza y buenos pies, sin estar mal de ojos, elementos sobrados en otros para irse al campo con los perros a levantar liebres y en mis mismas narices lo hicieron infinidad de veces Eusebio el Porrero, Estrella y todos los de la Cruz Verde, el Altillo y el Arenal. Nunca me dio envidia verlos marchar y comprendo mi fracaso al levantar tantas liebres históricas con la ilusión de que disparen sobre ellas sus escopetas los buenos tiradores que pueblan las tertulias alcazareñas, pero no lo consigo y las liebres agachan las orejas y se quedan otra vez como estaban, agazapadas y como si nadie las hubiera visto o, mejor todavía, como si no existieran.

De cuantas hipótesis se han aventurado pidiendo confirmación o aclaraciones por considerar que entre todos está la idea cierta, bien en la revisión de documentos privados o en el recuerdo propio, ninguna ha logrado la mínima aportación, siendo más de extrañar porque otros muchos supuestos merecieron amplios comentarios hasta de quienes menos se esperaban.

Los nombres de calles, los propios de personas o sus mote y oficios, expuestos especialmente como temas para hablar, no han logrado ninguna aclaración de los lectores que de seguro tienen en rincones olvidados el dato que los fijaría definitivamente en la historia del lugar.

Gran torpeza la mía, sin duda, por la manera de decirlo, a pesar de esforzarme por lograr la sencillez y la claridad, pero sabed que no hay papel antiguo, de los muchos ya inservibles que guardáis en vuestras arcas, que no tenga algún detalle útil para el conocimiento de nuestra vida anterior, si se le sabe relacionar con la madeja de nuestra sangre que forma la trama del existir de la Villa.

Retrotraer a nuestro tiempo el callejero y la vecindad del año 1700 sería un aporte considerable para intentar otros avances menos seguros por más remotos y situarnos en condiciones de enjuiciar los hechos de nuestra vida. Y de eso se trata, sencillamente, de conocernos y saber de lo que somos capaces, cuestión sobre la que cada uno tiene su idea, sus alcances y su reserva, que comprendidos y entramados formarían la historia, base del futuro alcazareño.